9480

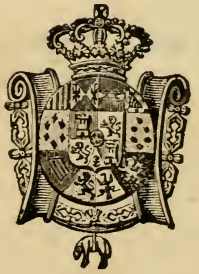
Régulo.

RÉGULO.

TRAGEDIA NUEVAMENTE ESCRITA, EN TRES ACTOS.

(*Imitacion de la de Mr. Arnault.*)

POR DON AGUSTIN AZCONA.



MADRID.

EN LA IMPRENTA NACIONAL.

1848.

PERSONAGES.	ACTORES.
RÉGULO.....	D. JUAN LOMBIA.
ATILIA, *su hija*.....	DOÑA JOAQUINA BAUS.
PUBLIO, *hermano de Atilia, soldado romano*.....	D. PEDRO SANCHEZ.
MANLIO, *Cónsul*.....	D. JOSÉ TAMAYO.
LICINIO, *Tribuno popular*....	D. FRANCISCO LUMBRERAS.
AMÍLCAR, *General cartagines*.	D. JOSÉ REVILLA.

SENADORES.

LICTORES.

SOLDADOS.

PUEBLO.

CARTAGINESES, *del séquito de Amílcar*.

La accion se supone cerca de Roma, en el año 251 ántes de Jesucristo.

607590

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la parte interior de un templo dedicado á Marte. En el centro y á la línea de los terceros bastidores se ve la estatua del Dios. Al foro, y á través de un intercolumnio, se descubre parte de Roma y el Capitolio. Varias estatuas de los grandes hombres de la República, colocadas oportunamente en ambos lados.

ESCENA I.

(*Empieza á amanecer.*)

ATILIA, *sola, postrada delante de la estatua de Marte.*

Primer árbitro, augusto y poderoso,
de la vida y la gloria de los pueblos:
próvido tutelar de los romanos,
terrible domador del universo.....
dígnate una mirada compasiva
lanzar sobre el valiente prisionero,
y oir en su favor mi voz doliente.
Vela tú de Cartago en el imperio
por mi afligido padre, y que descienda
de Roma sobre el hijo predilecto
la piedad de los Númenes latinos.

ESCENA II.

ATILIA. LICINIO.

(*Atilia se levanta, y al retirarse hácia el foro se encuentra con Licinio, que atraviesa por el intercolumnio.*)

ATILIA. ¿Licinio?
LICINIO. ¡Atilia hermosa! ¿Qué suceso.....
¿Cuál motivo á este sitio te conduce
al despuntar el alba? Aun baña Febo
su carro de oro en las azules ondas,
Roma reposa en la quietud y el sueño....
¡Tal vez solos tus ojos y los mios
desvelados están! ¿Y lloras? ¡Cielos!
ATILIA. Despues que á las regiones africanas,
de nuestra patria desgraciada huyendo,
la inconstante victoria pasar quiso;
y despues que en aquel dia funesto
que aun excita el terror y arranca llanto,
nuestras legiones destrozadas vieron
esclavo su caudillo valeroso,
confidente en mi amargo desconsuelo
es de Marte el santuario venerable.
El mármol de este helado pavimento
humedecen mis lágrimas copiosas,
y al desahogar el oprimido pecho,
las bóvedas altísimas repiten
del hondo suspirar los tristes ecos.
¡Dioses! ¿Quien me dará de pena tanta
el término prever? Suplicio lento
me impone la cruel indiferencia
del Cónsul, prolongando el cautiverio
de mi padre, y con él la desolada
horfandad de la hija! Logre al ménos
despertar la justicia de los Dioses!
No..... no hay romanos ya, que sus aceros
empuñen de un romano en la defensa;
pero hay Dioses, Licinio. Yo me atrevo
á contar con su auxilio omnipotente.

LICINIO. Si pretenden los Cónsules hacernos
ingratos, si á las cívicas virtudes
el justo galardon negar pudieron,
y el infortunio santo no recobra
en apáticas almas sus derechos;
de ese fatal, imperdonable olvido,
de esa injusticia atroz ¿infames reos
serán cuantos de Roma el nombre llevan?
No, Atilia! ¡No, mi bien!

ATILIA. ¡Ay! Roma un tiempo
para mí mas dichoso, fue testigo
de la virtud y del valor modesto
que á la par en el campo y en el foro
digno de eterna admiracion le hicieron.
Humilde, aunque de triunfos rodeado,
y del sacro laurel la sien ciñendo,
no ostentaba el orgullo desdeñoso,
ni la altivez de un vencedor soberbio
con la propia victoria envanecido.

LICINIO. Ambos nuestras plegarias uniremos
al pié de los altares á los votos
de Roma toda, que impaciente al seno
le llama de su amor.

ATILIA. Cuando Cartago
el mundo tiraniza, ya pequeño
á la soberbia púnica, y la muerte
ó eterna esclavitud manda á los pueblos,
¿bastará que derramen los romanos
el llanto del vencido, desmintiendo
con su debilidad la excelsa gloria
de tantos héroes? ¿Dónde está su genio?
¿Quién contiene los brazos vengadores?
¿Faltan las armas? Hállanse los puertos
sin naves, ó los muros sin defensa?

LICINIO. Soldado fui; de mi deber austero
constante observador, solo he podido
callar y combatir. Hoy que á mi celo
de popular Tribuno el alto cargo
Roma confia, tan fatal misterio
descubriré.

ATILIA. Nos cansa y envilece
el reposo, Licinio. A Roma veo

desfallecer en la quietud. Al puro
entusiasmo sucede el desaliento,
la flojedad, la indecision cobarde.
¡Ansiosos de adquirir nobles trofeos
al africano bárbaro humillando,
yacen aquí en el ocio los guerreros,
y la venganza inmóvil permanece!

LICINIO. Mi voz al proclamar hoy los decretos
del pueblo rey, cambiar sabrá el destino
de tu padre infeliz. Aun no pretendo
recordarte, adorada prenda mia,
el antiguo y sagrado juramento
que auguró de Licinio la ventura.
Bendecia tu padre el amor nuestro,
y quiso que por siempre nos uniera
con vínculo feliz el Himeneo.
A esta pasion tan férvida, tan pura
los hados enemigos se opusieron,
y un porvenir dichoso nos dilatan.....
mas no importa. Tú vives aquí dentro,
y despues de la patria eres, Atilia,
de mi ternura el exclusivo objeto.
Yo lucharé: del Cónsul, del Senado
sabré triunfar: me volverás tu aprecio;
y reinaré en el alma de la hija,
rotos del padre los pesados hierros.

ATILIA. De un amante leal y generoso
todo debí esperarlo. A los esfuerzos
de tan constante amor, mi hermano Publio
se unirá. Jóven es, mas ya su pecho
blanco ha sido á las lanzas enemigas.

LICINIO. El viene.

ESCENA III.

ATILIA. LICINIO. PUBLIO, *que entra por el foro.*

ATILIA. ¡Publio!

PUBLIO. Bondadoso el cielo
quizá nos oye. Atilia, el sol radiante
que ya brilla en las cumbres del Tarpeyo

nos prepara tal vez un fausto dia.
Dos naves africanas, de los vientos
favorecidas, guian hácia Roma,
y muy en breve arribarán al puerto.
Honda inquietud en los semblantes vaga
de cuantos las han visto, y todos llenos
de admiracion investigar pretenden
con varias conjeturas los proyectos
que sobre Italia forma el enemigo.
Tiénese por seguro que previendo
de una nueva campaña los desastres,
recurre de la astucia á los manejos,
la guerra esquiva, y á dictarnos viene
la paz. Tocamos el feliz momento
en que Roma despierte, y se levante,
y á lavar se apresure el vilipendio
de que cubierta está. Si un Dios propicio
no niega su favor al ardimiento
de mi fogoso corazon, al odio
que Cartago me inspira, yo el primero
partiré..... y pronto, Atilia, á tus oidos
vendrán las nuevas de arrogantes hechos.
El que busca la muerte ó la victoria,
cerca está de vencer.

LICINIO. ¡Cuál me envanezco
de la gloria mirándote en la senda
con tanta decision, con tanto aliento!
Honor al que á los Dioses y á la patria,
cual tú, Publio, consagra sus afectos,
sus mas floridos dias! Si la suerte
le hiciere sucumbir, triunfos eternos
á su lado los Númenes le guardan,
y en galardon y merecido premio
aureola inmortal su frente ciñe.
Unámonos: los dos nos llamaremos
hijos del grande Régulo, y hermanos.
Sí, hermanos, Publio; y pronto fin poniendo
á su cruel y larga desventura,
en breve sea á nuestro amor devuelto.
Sin duda las dos naves africanas
que divisado habeis, de aquellos reinos
traen el embajador al Capitolio.

Ensancha, Publio, el palpitante pecho.
Al resolver, los padres de la patria
podrán acaso vacilar perplejos;
pero no hay recelar, hoy en el Foro
potente va á vibrar mi voz de trueno.
Vuela tú á las legiones; á Licinio
se unirán los patricios y plebeyos.
Que la guerra ó la paz elija Roma.
Que á las playas del Africa marchemos,
y con los enemigos sin tardanza
blandamos nuestras lanzas cuerpo á cuerpo,
ó pronta libertad para tu padre,
de Roma orgullo y prez, gloria y ejemplo.

ATILIA. Héroes me pareceis..... ¡Ay! mi amargura
al escucharos minorarse siento;
pero temblad, temblad si divididos
acaso en la eleccion Senado y Pueblo
su impura tea la discordia enciende.
De la gloria y poder de los imperios
es, Licinio, la union sólida base.
Sí, hermanos generosos; harto tiempo
vió en daño suyo la angustiosa patria
combates empeñados y sangrientos
¡qué horror! entre romanos y romanos,
y la sangre á torrentes descendiendo,
del caudaloso Tíber los raudales
crecer con ella. Cuadro tan funesto
de mi vista apartad. Hablaré al Cónsul
por la postrera vez. Aquí le espero.
El hombre en la morada de los Dioses,
de un pavor santo por do quier cubierto,
á imitarlos se siente conmovido.
La virtud reina aquí como en su centro,
é iluminando del mortal la mente,
le hace piadoso, compasivo y bueno.

PUBLIO. ¡Ah! No á los piés del Cónsul humillada
te vea yo. ¡Jamás!

ATILIA. Nos sometemos
á la imperiosa ley del infortunio.
No es infamia, no es vil abatimiento
suplicar por un padre desgraciado.

LICINIO. No, mas el Cónsul, cual rival eterno

de quien lográra.....

ATILIA. El Cónsul es romano.
Siempre supo inspirar alto respeto,
veneracion profunda el heroismo
en las almas romanas.

PUBLIO. Este acero
nos dará la venganza, si él vengarnos
rehusa todavía.

LICINIO. Los momentos
son preciosos: recorre nuestras filas,
recuerda la memoria de sucesos
gloriosos en que Régulo á la patria
altos blasones conquistó.....

PUBLIO. ¡Yo vuelo!
¿Quién sabe si los Dioses me reservan
para que sea un dia el instrumento
de su cólera justa, exterminando
la raza criminal de los protervos
enemigos de Roma? Mil valientes
que nuestra patria y leyes defendieron
al lado de mi padre, y conducidos
fueran por él de la victoria al templo,
libran sus esperanzas en el hijo.

LICINIO. ¡Tu nombre es un presagio lisonjero
que el triunfo á no dudar nos pronostica!
Nada será bastante á contenernos.
De su poder y autoridad tu amante (*A Atilia.*)
se armará tambien hoy. Si en tal empeño
la víctima inocente no se salva.....
de guerra á muerte estallará el incendio.
Sí..... y en pos de las águilas romanas
los dos á libertarla partiremos.

(*Licinio y Publio se retiran por el foro, sobre el ángulo de la izquierda del actor, al mismo tiempo que tambien por el foro, pero sobre el ángulo de la derecha, se dejan ver los Lictores que preceden al Cónsul. Entran en el templo uno á uno y se colocan delante de los primeros bastidores de la derecha.*)

ESCENA IV.

ATILIA. MANLIO. *Lictores.*

ATILIA. Impaciente ya, oh Cónsul, te esperaba.
MANLIO. Dí, pues.
ATILIA. Tan solo repetir sus quejas
es dado á Atilia, y demandar humilde
del Senado y del Cónsul la clemencia.
¡Ay! ¡Que sensible á mi dolor amargo
tu corazon benigno se enternezca!
Bajo este mismo pórtico mi padre
abandonó las rústicas tareas
cien veces, y la púrpura vestida,
á lidiar por la patria y defenderla
partió empuñando el hierro fulminante.
Arrostró los peligros con firmeza:
consiguió al Capitolio cien batallas;
sujetó diez naciones á su diestra,
é igual se hizo..... ¡superior acaso!
á estos héroes famosos que nos cercan.
Numa, Bruto, Camilo..... tantos otros
que agradecida Roma reverencia,
no hicieron mas, si bien, propicio el hado,
mas les favoreció. ¡Dura cadena
con larga, ignominiosa servidumbre....!
MANLIO. Cuando al campo salí por vez primera,
la fama ya ensalzaba sus virtudes,
y su valor heróico y sus proezas;
y reveló á mis ojos el terrible
debelador del Africa soberbia.
Rivales fuimos, si guiados siempre
de iguales sentimientos. Roma entera
nos miró, nos juzgó y le merecimos
de estimacion inapreciables muestras.
En los dias del triunfo algunas veces
discordes Manlio y Régulo se vieran;
pero siempre en los dias del peligro
marcharon de comun inteligencia,
y su sangre vertieron por la patria.

¡Régulo fué vencido! En tan funesta
desgracia, de un rival digno de Manlio
la suerte lamenté! Lloro su ausencia!
pero de grandes riesgos rodeada,
no es justo, no, que Roma solo atienda
al privado interés de una familia.

ATILIA. Cónsul, reflexionad que al protejerla
servís de Roma el interés.

MANLIO. ¡Tenemos
soldados todavía!

ATILIA. Mas apénas
resisten hoy del Africa el ultraje
esos romanos que otro tiempo hicieran
crujir al ronco estruendo de las armas
los diamantinos ejes de la tierra,
y á remotos paises nuestro nombre
lleváran..... Ya la gloria se deserta
de nuestros muros..... y amenaza á Italia
Cartago con la muerte ó con la afrenta!
En su orgullo feroz nos escarnece,
y al oprimido campeon enseña
al orbe cual padron de nuestra infamia....
¡porque un Régulo no hay!

MANLIO. A la violencia
cedemos del destino: ni Cartago
nos impone, ni huimos con vileza,
ni batallar de nuevo rehusamos;
pero evitando que Cartago venza,
sin batallar, victorias conseguimos.

ATILIA. Y en tanto, oh Cónsul, entregado queda
Régulo á su desgracia, y sus virtudes
y su largo sufrir se menosprecian,
y del olvido en la profunda sima
se perdió ya su nombre! ¡No recuerda
la ingratitud romana que volviendo
terminado el combate á la paterna
mansion, dó le aguardaban afanosos
sus hijos y su esposa, la pobreza
y la gloria tan solo les traía
en santa abnegacion por recompensa!
¡Roma degenerada! A cien malvados
que hicieron vil traicion á tus banderas,

clavando aleve hierro en tus entrañas
prodigas los honores y riquezas.....
y al soldado leal y generoso
que te ofreció la sangre de sus venas,
y el pecho de profundas cicatrices
recibidas por ti lleno presenta,
en premio de las ínclitas hazañas
le guardas el olvido..... la miseria!

MANLIO. A costa de mi vida, te lo juro,
consolára el dolor que te atormenta.....
Por enjugar tus lágrimas copiosas
grata á mi corazon la muerte fuera.
¡Nunca asustó la muerte á un buen soldado!
Mas deben el valor y la prudencia
marchar de acuerdo, y marcharán, Atilia.
Enjuga el llanto y tu dolor modera.
¡Roma va á despertar! ¡Ay del que insulte
al leon soñoliento! Ya en Tarpeya
del pueblo Rey se alzaron los pendones.
La formidable hueste solo espera,
á Cartago y Sicilia amenazando,
la señal de marchar y someterlas.
Mi ilustre y denodado compañero
los anchos mares con sus naves puebla,
y acaso no está lejos el instante
en que mas poderosa, mas soberbia,
mas terrible que nunca se alce Roma;
y sin que baste humana resistencia,
humille á sus contrarios, los aterre,
y les dicte la ley. Cartago miéntras
una embajada al Capitolio envia;
querer la paz sagaces aparentan,
y del Senado en nombre Amílcar viene
y del pueblo africano á proponerla.
Bien pronto en estos muros le veremos.
¡Plegue á Jove que hoy mismo te convenzas
de que no me conoces, y un motivo
quizá feliz de conocerme tengas!

ATILIA. Ya que mi llanto conmoverte pudo,
logre que á los paternos Lares vuelva
el oprimido Régulo, y de Atilia
pon término al penar. Sí.... la grandeza

del alma en los consuelos resplandece
que al virtuoso infortunio se dispensan.
El mundo á tus cuidados le confia.....
El mundo á tu custodia le encomienda.....
¡Un hombre grande, oh Cónsul, pertenece
al universo!

(*Se oye rumor popular.*)

MANLIO. ¿Qué rumor..... qué nueva
conmocion?....

ESCENA V.

ATILIA. MANLIO. LICINIO, *que viene presuroso por el foro. Los Lictores.*

LICINIO. ¡Santos Dioses!
MANLIO. ¡Habla!
LICINIO. ¡Atilia!
MANLIO. ¡Licinio!
LICINIO. ¡Albricias!
MANLIO. ¡Cómo!
LICINIO. ¡Ya á la eterna
justicia de los Númenes de Roma
hizo lugar la cólera!
ATILIA. ¿Pudieran
retirar sus maléficos influjos
los hados enemigos?
MANLIO. Dí..... ¿qué esperas?
ATILIA. ¡Ay! ¡Mi padre está en Africa!
LICINIO. Tu padre
está en Roma.
MANLIO. ¡Su padre!
LICINIO. Las arenas
del patrio suelo de pisar acaba.
ATILIA. Ventura inesperada! Verdadera
justicia de los Dioses, te bendigo,
y al bendecirte, adoro la suprema
bondad que á mi cariño y mi ternura
devuelve un padre!

(*Atilia va á marchar. Licinio la detiene.*)

LICINIO. La ciudad entera
le aclama, y en confuso torbellino
al puerto corre multitud inmensa.
No bien fijó la planta entre nosotros,
en pedazos volaron las cadenas
que sus robustos brazos sujetaban.
Gritos alegres por do quier resuenan
que el pueblo lanza, de entusiasmo henchido.
Las matronas romanas se le muestran
á sus hijos, y «¡*Vedle..... ved al héroe*!"
dicen fuera de sí. Luego le cercan
los ancianos de Roma enternecidos,
y entre sus brazos débiles le estrechan,
bendiciendo de Jove las piedades.
Régulo casi absorto los contempla
lágrimas abundantes derramando,
y al mirar la agitada efervescencia
del pueblo rey, con inspirado acento,
«¡*Hijos, no á mí el aplauso*!" les contesta.
«¡*No á mí el honor*! ¡*A Roma y á sus leyes*!
«¡*Del Lacio á la sagrada independencia*!
«¡*Que la romana libertad se ensalce,*
«*y los tiranos por jamás perezcan*!"
Entónces, nuevamente entusiasmados,
le vuelven á estrechar y todos besan
su mano, disputándose á porfía
el honroso placer de merecerla.
Rehusarlo intentó, mas era inútil
contrarestar la insuperable fuerza
del torrente impetuoso. Una mirada
de enérgica expresion y fuego llena
dirige hácia el excelso Capitolio,
y al regocijo universal se entrega.
De Amílcar precedido, le conducen
triunfante, Atilia hermosa, á tu presencia.

(*El rumor popular arrecia gradualmente.*)

ESCENA VI.

ATILIA. MANLIO. LICINIO. REGULO. PUBLIO. AMILCAR. *Lictores, Pueblo, Soldados romanos, Soldados cartagineses.*

ATILIA. ¡Cielos!.... ¡Padre adorado! ¡Al fin consigo
á Régulo abrazar!

RÉGULO. ¡Hija! ¡Sí! Llega.....
ven á mi corazon. Amigos, Cónsul.....
hijos..... patria adorada..... ¡Cuán sincera
es la expresion de vuestro fiel cariño!

(*Régulo se arrodilla y besa el pavimento.*)

¡Cuán dulce le es á Régulo esta tierra
besar y saludar! ¡En este dia
la adversidad cruel y mis horrendas
calamidades al olvido entrego.
Ya miro á Roma, la ciudad primera
del universo, donde libre el hombre
la indomable cerviz nunca sujeta
de orgulloso tirano á los caprichos.....
donde solo se acatan y veneran
cual señores los Númenes augustos.....,
do la santa justicia única regla
es de los aguerridos ciudadanos,
y sus acciones con la ley nivela.
Salud, plantel fecundo, digna cuna
del honor y virtud. Allí la diestra
de Bruto alzó el puñal que dió á la patria
la libertad, la vida, las severas,
inexorables leyes, fundamento
de la gloria de Roma y su grandeza.
Allí de los Horacios y Camilos
el entusiasmo cívico se viera.....
¡y aquí al partir al Africa juramos
triunfar ó perecer en la pelea
lidiando por la patria! Derrotados
los bárbaros, á Marte por ofrenda

traíamos al pié de estos altares
con magnífica pompa las preseas,
y los despojos de vencidos Reyes.
¡Dias afortunados, que renuevan
en mi memoria imágenes tan gratas!
¡Noche horrorosa y lóbrega! ¡Ay! ¡Apénas
oscurecer el resplandor pudiste
que en fausta aurora fúljido luciera!

(*Con la mas profunda amargura.*)

¿Jamás renacereis para la patria,
dias de gloria? Mas..... ¿á dónde vuela,
romanos, la exaltada fantasía,
que audaz profanacion puso en mi lengua?

(*Mudando de tono, y tomando el de la narracion; pero siempre muy conmovido.*)

En remotos paises, ciudadanos,
se desprendió de la elevada esfera
un rayo abrasador, y el poderío
de Roma á debilísimas pavesas
reducido quedó. Cayeron todos
los guerreros impávidos que fueran
en cien y cien batallas vencedores.
¡Hijos de la República! Cubiertas
de cadáveres vi las africanas
llanuras. Por do quier lanzas sangrientas.....
rotas espadas, quebrantados yelmos....!
Rivales en valor y fortaleza
á cual con mas denuedo combatian.....
Sus preciosas reliquias en la arena
insepultas, del mundo abandonadas,
pasto abundante fueron á las fieras
bajo un cielo enemigo..... mas ¡no tumbas,
altares se les deben!

AMILCAR. Juno quiera
que hoy, romanos, se extingan nuestros odios.
De dos naciones grandes y guerreras
el fausto porvenir asegurado
hoy mismo vais á ver. La paz desea
Cartago, y el valiente prisionero,
si se ajusta la paz, en Roma queda.

PUEBLO. ¡La paz! ¡La paz! ¡A Régulo salvemos!
RÉGULO. ¡Romanos! No con tanta ligereza
al entusiasmo os entregueis. De Roma
la ventura ¿pensais que en mí se encierra?

(*Se vuelve hácia la estatua de Marte.*)

Por la patria velad, eternos Dioses:
por su gloria y salud, y que en la senda
del acierto fijemos nuestra planta!
Sí, romanos: el grito comun sea
la salud de la patria, en sus altares
corramos á inmolarnos sin reserva.
¡A Roma el sacrificio..... á Roma solo!
Ya nos mande la paz, ó ya la guerra,
solo á los intereses de la patria
el que romano se apellide atienda.
¡No el esplendor de su temido nombre
torpemente se empañe ni oscurezca;
y cuando la desgracia nos persigue
y en humillar nuestra altivez se empeña,
por la desgracia misma parezcamos
mas grandes todavía!
LICINIO. El pueblo espera.
Entrad, Régulo, en Roma.
RÉGULO. No: las leyes
entrar en Roma á los cautivos vedan.
LICINIO. El pueblo las revoca.
PUEBLO. ¡Sí!
RÉGULO. ¡Tribuno!
¿El pueblo las revoca? ¡Tal demencia
no escandalice al mundo! Los que audaces
la santa ley conculcan ó atropellan
labran su esclavitud. ¡Sin ley no hay patria!
PUBLIO. Y cuando Roma, oh padre, abre sus puertas
tras larga ausencia al héroe idolatrado,
¿de tanto amor esquivareis la prueba?
ATILIA. Ceded, padre, ceded. Entrad en Roma.
Allí el sepulcro de mi madre tierna
saludaremos.....
RÉGULO. Adorada hija,
tu madre desde el mundo nos contempla
de la inmortalidad. Sus pios manes

el interés acatan que me fuerza
á no pasar de aquí.

MANLIO. De Roma en nombre,
el Cónsul Manlio os llama á la presencia
del Senado. Venid.

RÉGULO. Ante el Senado
los ciudadanos solo se presentan;
los cautivos jamás.

MANLIO. A saludaros
vendrá el Senado al templo.

AMILCAR. ¿Y aun pudieras
negarte?

RÉGULO. ¿Tú lo exiges?

AMILCAR. Sí..... lo exijo.

RÉGULO. Tu prisionero soy..... mi labio sellas.

(*Volviéndose alternativamente en todas direcciones y con grande energía de expresion.*)

Antes que hoy en los mares de occidente
el sol que nos alumbra desparezca,
verán Cartago y Roma si del hado
consiguió la enemiga violencia
torcer, al humillarme y abatirme,
la noble rectitud de mis ideas.

MANLIO. Venid ambos, y fuera de los muros
no lejos de este templo, que os ofrezca
Manlio un asilo permitid.

RÉGULO. Romanos,
para dar cima á la gloriosa empresa
que el corazon medita, á prepararme
es forzoso partir.

(*Coge del brazo á Publio y le dice con solemnidad:*)

Tú jamás pierdas
de vista, hijo querido, que la patria
puede pedir de las pasiones nuestras
el sacrificio..... y sofocarse deben.....
¡y ahogarse, Publio!

PUBLIO. ¡Padre!

RÉGULO. ¡No mas! Piensa
que eres el heredero de mi nombre,
que mi gloria es tu gloria, que no fueras

digno de ser mi hijo, si mancharla
pudieses intentar.....

ATILIA. ¡Dioses! ¡Qué fiera
desventura quizá nos amenaza,
y el regocijo á perturbar se apresta?

RÉGULO. No hay que temer. El poderoso Jove
sobre tu padre y sobre Roma vela.

(*Publio y Atilia tienen abrazado á Régulo. Manlio ordena á los Lictores que abran paso por entre la multitud.*)

ACTO SEGUNDO.

Se ven preparados los asientos para el Cónsul, los Senadores Régulo y Amilcar.

ESCENA I.

AMILCAR, *rodeado de Soldados cartagineses.*

Visto habeis ya de Roma las murallas.
Estos hombres altivos y arrojados
llevaran el terror en otro tiempo
al poderoso imperio de Cartago.
De tales enemigos la osadía
humillada quedara en nuestros campos,
pero podrían rehacerse. Inútil
es vencer, si la paz y los tratados
no nos dan con el triunfo las ventajas
á que podemos aspirar. Guiarnos
debe en Roma la astucia: sus guerreros
ya triunfan en Sicilia: á nuestros vasos,
del Africa con mengua, aquellas costas
no dan seguridad, puerto, ni amparo,
y vagabundos, á merced del viento,
al mar Tirreno se verán lanzados.

(*Se dirige á uno de los Soldados.*)

Hasta la plaza pública te avanza:
habla allí á los inquietos ciudadanos

de nuestros triunfos: nuestras glorias cuenta:
exagera la pérdida y quebrantos
que Roma sufre: introducir procura,
nuestro poder y fuerzas ponderando,
la inquietud y la duda venenosa.

(*Dirigiéndose á otro Soldado.*)

Tú le acompañarás: templos y baños
visita, y de curiosos te rodea.
Tono incisivo prestarás al labio,.....
diles que si la guerra no termina,
Régulo va á morir, sacrificado
al empeño imprudente que sostengan,
de indispensable paz los adversarios.
Id sin demora. Los terribles Dioses
de Italia, que implacables y tronando
desde el Tarpeyo monte, al universo
conmueven: este pueblo denodado,
feroz, aunque vencido, y ese Foro
do la voz del Tribuno apoyo santo
es de la ley, al proclamar los nombres.
de patria y libertad..... ¿á qué negarlo?
me admiran, me estremecen, me anonadan.
La paz..... solo la paz puede salvarnos.

(*Los Soldados cartagineses salen de la escena por entre las columnas del foro, hácia la izquierda.*)

ESCENA II.

AMILCAR, *solo.*

En este sitio al popular Tribuno
es forzoso esperar. Estrechos lazos
deben unirle á Régulo bien pronto.
Ama á la hermosa Atilia: interesado
está en salvar al padre.

ESCENA III.

AMILCAR. LICINIO, *que entra por el foro.*

LICINIO. ¿Con qué causa....
por cuál razon que á penetrar no basto,
pedís una amistosa conferencia
al Tribuno del pueblo?
AMILCAR. (*A media voz.*) Sé cuán caro
Régulo os es.
LICINIO. Sus rígidas virtudes
á servir á la patria me enseñaron.
AMILCAR. En medio de un combate, generoso
la vida me salvó. Permita el hado
pueda hoy pagarle, si evitar los riesgos
consigo que le están amenazando.
LICINIO. Qué riesgos? Habla.
AMILCAR. Al semidios de Roma
suplicio atroz preparan en Cartago.
LICINIO. ¿Qué dices?
AMILCAR. Sí, Licinio: oye y te pasma.
De Juno en el famoso santuario
vibró ante el pueblo voz aterradora
de oráculo inflexible, decretando
que se hiciese la paz con los latinos,
ó en aquellos altares sacrosantos
diera Régulo á Juno la cabeza.
Del templo los ministros empuñaron
la cruenta segur; y ya dispuestos
á derramar la sangre del romano,
al Senado la víctima pedian
que estaba pronta. Entonces en mi labio,
su inspiracion la gratitud vertiendo,
á libertar la víctima me lanzo.
«¡Tened! clamé: El oráculo de Juno
sangre no pide aun. ?Por qué inhumanos
la quereis derramar? Dos los partidos
son que os ofrece: su primer mandato
se lleve á ejecucion, cartagineses;
y si intentar las paces fuere en vano,

perezca en ese altar el prisionero.....
mas respetadle ahora. Desarmado,
todo enemigo á la clemencia tiene
derecho." Dije, y conjuré el estrago
del popular furor y el fanatismo
sacerdotal, los dias prolongando
del ídolo de Roma, que hoy devuelto
os ha sido por mí. Los africanos
quisieron que con Régulo yo mismo
partiese luego á Italia, y que intimando
la paz por el oráculo pedida,
su atroz sentencia conociera el Lacio.
Mi propuesta aceptad y al prisionero
la vida librareis; mas si contrarios
á la paz os mostrais, pensad, Licinio,
que reclaman los Dioses de Cartago
su víctima, y volvérsela es forzoso:
que Régulo al partir les ha jurado
respetar ciegamente sus decretos;
y que el pueblo, temible en su entusiasmo,
quiere paz, ó la sangre de un valiente,
digno en verdad de compasion.....

LICINIO. Me abraso
en ira al escucharos..... ¡Fementidos!
¿Con tan cruel é infame asesinato,
de inaudita venganza en los furores,
manchar consentiriais vuestras manos?
¡Aun fuera del horror de las batallas,
desastre y mortandad, tigres, soñando,
la humanidad desconoceis que nunca
logró hacer penetrar su grito santo
en tan empedernidos corazones!
Impios siempre, y sin pudor tiranos,
¿aun en el seno de la madre patria
perseguis una víctima? El mas alto
desprecio mereceis.

AMILCAR. ¡Cuánta injusticia.....
y cuánta ceguedad! Calmad, romano,
la cólera insensata que os agobia;
urge el tiempo, y conviene aprovecharlo.
El que no se domina jamás puede
la suerte dominar. Es necesario

si del padre de Atilia os interesa
la vida conservar, que ante el Senado
secundeis mi intencion, del pueblo en nombre;
reflexionad, en fin, que rehusando
la paz, á los verdugos y á la muerte
vais á entregar á Régulo.

LICINIO. Mas cauto,
Amílcar os creí. Roma ya infunde
pavor en su desgracia..... ¡Confesadlo!
Temeis de nuevo comenzar la guerra,
de imprevistos reveses acosados.
Efímero y fugaz fué vuestro triunfo.
Estaiś medio vencidos..... Vuestros lauros
marchitos, humo y polvo es esa gloria
encarecida con orgullo insano.
Conozco de la astucia los ardides,
cartagines sagaz; el que aspirando
á convencerme seducirme intenta
con púnica falacia..... ese en el campo
francamente el acero esgrimiría,
si esperase vencer.

AMILCAR. Tribuno osado,
no vine á Roma á tolerar denuestos.

LICINIO. Venís á seducirnos, á insultarnos.

AMILCAR. Hacer quise la paz: con el cautivo
al mar me volveré si no lo alcanzo.
Seguidme..... á criminales demasías
escarmiento ejemplar guarda mi brazo.
Ya conoceis del Africa las playas!
Vendrá un dia, Licinio..... un dia aciago.....
de luto eterno á la romana gente.

LICINIO. Tal pretenden, oh Amílcar, los malvados,
que nuestras leyes odian. Les impone
miedo y terror y confusion y espanto
la santa libertad que es nuestra enseña.....
y vibran los puñales sanguinarios
contra el heróico pueblo, que ya nunca
alzará nuevo trono con sus manos
á odiada tiranía. Del Tarpeyo
cruzó los aires fulgurante rayo
sobre Tarquino..... Propios ó extrangeros,
son ya en Roma imposibles los tiranos!

AMILCAR. Entusiasta Tribuno, á qué extravío
os dejais arrastrar! Pero no extraño
de un corazon fogoso los trasportes;
bien sé que, á la altivez acostumbrados,
tratais dentro de Roma al extrangero
con arrogancia.....

LICINIO. ¡Amílcar!

AMILCAR. Pronto aguardo
reconozcais, Licinio, cuánto á Roma
conviene que las paces concluyamos.

(*Amílcar se entra por la derecha.*)

ESCENA IV.

LICINIO, *solo.*

¡Qué acabo de saber! ¡Oh desventura!
¡Qué misterio fatal me ha revelado!
¡Atilia en duelo y afliccion sumida.....
y huérfana¡ infeliz! como su hermano!
Roma en mayor peligro con la muerte
de su gran campeon! Iluminadnos,
Dioses del venerable Capitolio.

ESCENA V.

LICINIO. ATILIA, *que viene por el foro.*

ATILIA. Do quier dirijo el inseguro paso,
un sombrío y profundo abatimiento
en los semblantes tétricos pintado
mi corazon angustia, y á mis ojos,
es hoy, Licinio, fúnebre presagio.
Del Senado en los pórticos, del Foro
en el recinto, con terrible amago
cunde alarmante nueva. Mas..... ¿Te turbas?
Habla, Licinio. ¡Para mí en tu labio
no haya secreto!

(*Licinio se cubre con entrambas manos el rostro, y permanece por un momento inmóvil.*)

ESCENA VI.

LICINIO. ATILIA. PUBLIO, *que viene tambien por el foro, y entra precipitadamente.*

PUBLIO. ¡Régulo peligra!
ATILIA. ¡Qué escucho!
LICINIO. ¡Acaba!
PUBLIO. ¡Sí, ya miro alzado
mortífero puñal sobre su pecho!
ATILIA. ¡Piedad, Dioses, piedad!
PUBLIO. Quiere el Senado
esa paz rechazar que á proponerle
viene Amílcar en nombre de Cartago.
Al inocente Régulo preparan
el martirio..... ¡la muerte! Si dejamos
que á Africa torne, tumba ignominiosa
le espera abierta ya.
LICINIO. Tal atentado
consumar no vereis. Yo lo prometo.....
lo juro por los Dioses soberanos.....
por Roma, por Atilia..... Sí, cien veces
lo volveré á jurar. ¡Crímen infando!
Al pueblo apelaremos; Roma airada
vengará los derechos ultrajados
de la naturaleza, á quien insultan
en sus afectos con baldon y escarnio.
De la tribuna, do mi voz resuena,
llene y conmueva el anchuroso espacio
popular maldicion á los impíos,
execracion sin fin á los ingratos.
Los méritos, los triunfos, las proezas
recordaré del héroe: el digno pago
que á su virtud, y su valor se guarda
encarecer sabré..... Tú, Publio, en tanto
instiga á las legiones y que prontas
estén á nuestra voz. Al Foro parto.
PUBLIO. En breve aquí vendrán los Senadores.
LICINIO. Que vengan..... no temais. Licinio, armado
del privilegio de la ley, bien presto
sabrá oponerse al pernicioso fallo.

¡Si el Senado es injusto, la obediencia
Roma le negará!

ATILIA. Númenes altos,
por Régulo velad, y que no parta
de estos muros. Licinio, tú invocando
del pueblo el nombre, y de las santas leyes
para mi padre el saludable amparo,
conquistarás la gratitud de Roma.....
¡El mundo entero te dará su aplauso!

(*Empiezan á entrar en el templo, viniendo de la derecha, y por el centro del intercolumnio, los Lictores que preceden á Manlio. Licinio al verlos abraza alternativamente á Atilia y á Publio: indica á este que salga del templo, como lo verifica en efecto antes de presentarse el Cónsul; y consolando con la accion á Atilia, la conduce Licinio hácia la parte de la izquierda. Queda él en este lado, de frente al Cónsul que al salir se coloca cerca de la punta de la derecha*)

ESCENA VII.

LICINIO. MANLIO. *Lictores.*

LICINIO. (*Con entereza.*)
Vuestra palabra, Cónsul, puede hoy mismo
un insigne caudillo arrebatarnos,
ó un vengador volvernos. Roma quiere
salvar su vida ¡amenazada en vano!
Jamás Licinio consentir podria
que fuese inicuamente asesinado.
¡Jamás! Pensadlo bien.

MANLIO. (*Con dignidad.*) Siempre afanoso
por el bien de la patria, y no adulando
del pueblo las pasiones y caprichos,
si el pueblo falta á su deber sagrado,
mereceré su estimacion venciendo
con la razon su cólera.

LICINIO. (*Afectuoso.*) Sí, Manlio,
mereced su cariño y bendiciones,
poned fin de la patria á los quebrantos,
Régulo es su esperanza. Aun resplandece.....
¡Cónsul, no le eclipseis! de Italia el astro.

(*Licinio sale de la escena por el foro. Al mismo tiempo*

van entrando por el intercolumnio, de dos en dos, y con paso mesurado, los Senadores. Manlio ocupa un asiento delante de la estatua del Dios Marte. Los Senadores se dirigen por uno y otro lado á sus respectivos puestos. Los Lictores, menos su gefe, se colocan por mitad á los lados de la estatua de Marte. El gefe de los Lictores está á la punta de la derecha, en actitud de esperar las órdenes del Cónsul. Todos los Senadores se han sentado.)

ESCENA VIII.

MANLIO. *Senadores. Lictores.*

MANLIO. De los ilustres héroes de la pátria
presididos á un tiempo y rodeados,
una sagrada causa nos reune.
El mundo entero tiene en nuestros labios
fijos sus ojos é impaciente espera
nuestra resolucion. Que el enviado
del Africa parezca, y al momento
exponga su mision.

ESCENA IX.

MANLIO. AMILCAR. *Senadores. Lictores.*

(*El gefe de estos, recibida la órden del Cónsul, se entra por la derecha, y sale inmediatamente conduciendo á Amílcar. Este ocupa la punta del mismo lado. A la izquierda de Amílcar, y tambien en primer término, queda el gefe de los Lictores. Detras de Amílcar vienen cuatro Soldados de su séquito.*)

AMILCAR. La gran Cartago
salud por mí os envia, y no demanda
en nombre de los Dioses soberanos,
que de su fe y deseos son testigos,
mas que la amistad vuestra, y el descanso
el reposo y quietud del universo,

en horrores sin término abismado.
La paz pide el oráculo de Juno,
y yo por él. Legisladores sabios
de esta nacion magnánima, no creo
os negueis á aceptar solemnes pactos
que la harán mas feliz.

MANLIO. El prisionero.

(El gefe de los Lictores pasa á la izquierda, entra, y vuelve inmediatamente con Régulo, á quien escoltan cuatro Soldados cartagineses, que se colocan á la espalda del mismo. El Lictor vuelve á atravesar el teatro para tomar posicion de nuevo á la izquierda de Amílcar.)

ESCENA X.

MANLIO. AMILCAR. REGULO. *Senadores. Lictores. Soldados cartagineses.*

(Al presentarse Régulo, todos se levantan.)

RÉGULO. ¿Qué es esto, Senadores? ¿Un esclavo,
tiene derecho á honor tan distinguido?

MANLIO. Vuestro heróico infortunio respetamos.
El oprobio y baldon está en la fuga,
no en la derrota; fueron extremados
vuestros reveses, pero son gloriosos.
¡Erguid la frente, venerable anciano!

RÉGULO. Volver quise á las márgenes del Tíber.....
aunque estaba vencido y deshonrado,
y culpable á mi vista y á la vuestra
de los males sin cuento que arrojaron
sobre mí y mis valientes compañeros
los rigorosos enemigos hados.
Todo se conjuró contra nosotros.
¡Ay! ¡Cuántas veces..... ¡Cuántas! fuera grato
á Régulo el morir!

MANLIO. En vuestra vida
vive de Roma el esplendor. Sentaos.
Continuar podeis vos. *(A Amílcar.)*

AMILCAR. Por largo tiempo
Marte y Neptuno de los dos estados,
con encuentros y choques repetidos,
la fortuna y poder balancearon;
mas de reciente guerra los horrores
¿quién á un pais pacífico y lejano
llevó primero? El universo todo,
cual una vasta herencia contemplando,
desde el mar de Sicilia hasta la falda
del áspero Apenino, vuestro brazo
intentó sujetar veinte naciones.
Deploraba Agrigento los estragos
de la sangrienta lucha, y vacilante
iba ya á ser uncida á vuestro carro.
Vuestra audacia y orgullo, no contentos
con rasgar y arrojar el regio manto
y la diadema de romana sangre
en horroroso y espumante lago
humillar otros reyes pretendian,
lanzando tronos al impuro fango.
Ya no era tolerable tal exceso.....
No, y aunque á su pesar, hubo Cartago
de armar contra vosotros sus legiones
y vengar del mas débil los agravios.
Venciera en fin; mas no pretende ahora
de su triunfo abusar. Mensaje traigo
de paz y de alianza. Senadores,
luzca este dia venturoso y fausto
para dos grandes pueblos que de todos
fueran por su valor envidia y pasmo;
que desde hoy se amarán, y en su grandeza
temerlos sabrá el mundo y respetarlos.

MANLIO. Basta. El único Dios que nos inspira
es la gloria de Roma: en holocausto
al Dios de quien fue cuna y será escudo
la santa libertad sacrificamos
públicos y privados intereses.
Mi lenguaje va á ser leal y franco.
La armada vuestra debe sin demora
las costas de Sicilia abandonando
al Africa volver. ¿Podeis Amílcar
consentir?

AMILCAR. Volverá.

MANLIO. Siendo contrario
al derecho comun de las naciones,
y afrentoso ademas á los romanos,
que con envejecida tiranía
el imperio absoluto, ilimitado
del mar os arrogueis, exige Roma
prometais y jureis ante el Senado
del mar la libertad.

AMILCAR. Prometo y juro.
¿Qué mas pedís?

MANLIO. De Roma en desagravio,
cual prenda de la paz y la alianza
que en el templo de Marte nos juramos,
Régulo es libre.

AMILCAR. Sí. (*Solemnemente y levantándose.*)

(*Los soldados de Amilcar que estaban á espaldas de Régulo se han separado de este á una señal que aquel les hace, pero permanecen en el mismo lado.*)

MANLIO. Padres de Roma,
los derechos de Italia se salvaron,
la gloria se salvó y al gran caudillo
la vida y libertad aseguramos.
A tan feliz acuerdo, Senadores,
¿quién se opondrá?

RÉGULO. Yo. (*Levantándose.*)

MANLIO. ¿Vos?

RÉGULO. ¡Yo! Se está hablando
de la gloria de Roma, y en mi vida
se atreven á pensar. Hijos ingratos
de los Dioses del santo Capitolio,
débil, cobardemente doblegados
ante el fiero destino, aquellos Dioses
os llegarán á ver? No. Peleando,
lavad pronto la mancha ignominiosa
que el lustre empaña de blasones altos.
Solo deben tratar los vencedores.....
venced primero, si quereis tratados.
Sicilia resistió, y aun es de Roma,
y no sucumbirá: la España en tanto
se rebela y procura denodada

sacudir con enérgico entusiasmo
la opresora coyunda; en tal conflicto
huyen los invasores con espanto
la armada sedicion, y para ahogarla
su ejército dividen..... Fácil paso
al Africa teneis. ¿Y no alza Roma
grito exterminador contra Cartago?
¿Qué aguardais? ¿Qué esperais? Hijos de Italia,
se triunfa de la suerte, despreciando
con alma grande el riesgo. La fortuna
cede á la intrepidez, al esforzado,
al impávido aliento. Senadores,
tan solo el hierro los derechos santos
de un pueblo libre á respetar enseña.
Estos envilecidos africanos,
tímidos en la lid, flojos, cobardes,
sus quebrajosos muros rodeando
de extrangeros venales, compran, pagan,
libran del oro corruptor en cambio
la dudosa defensa de sus hijos,
sus Dioses y su honor. No permitamos
que ese pueblo desnudo de virtudes,
esos hombres sin patria, destinados
parezcan á dictar leyes á Italia.
¡Senadores, en Roma no hay esclavos!
Guerreros tiene el Africa, mas Roma
guerreros tiene y tiene ciudadanos.
Veremos nuestras fuerzas aumentarse.....
y veremos las hordas de Cartago
cuál perecen, hundidas bajo el peso
de un eterno desastre. Derrotado
puede ser un ejército, mas..... ¡nunca
perece una nacion!

MANLIO. Si audaces manos
de enemigos los templos derrocasen,
y ardiendo en llamas la ciudad, dictarnos
se intentára la ley, entre cenizas
y escombros quedaria sepultado
nuestro honor con nosotros; mas hoy Roma
no recibe la ley..... paz no imploramos.
¿Deberá rechazar la que le ofrecen?

RÉGULO. Seguid desconociendo en vuestro daño

la voz de la prudencia, pero al ménos,
suene en vuestro interior la del agravio.

(*Trasportado.*)

Ilustres y valientes compañeros,
yo os ví caer, yo ví despedazados
y con el denso polvo ennegrecidos
vuestros despojos..... Tigres inhumanos,
ardiendo en sed de la romana sangre,
con la vuestra cobardes se saciaron.
Allí los que despues de la batalla,
heridos veces ciento, hechos pedazos,
todavía alentaban moribundos,
fueron uno por uno asesinados.
¡Ebrios en su furor los vencedores
en verdugos al fin se trasformaron!
A la espantosa y bárbara matanza
pude escapar. Con ánsia iba buscando
la muerte, y encontré la servidumbre.
Un puñal me quedó, pero al amargo
pesar que emponzoñaba mi existencia
quise sobreponerme, imaginando
que un dia á la República pudiera
útil mi vida ser. ¡Ay! Entre tanto
sufria yo mil muertes, Senadores.
Restos preciosos del poder del Lacio,
veia yo en fragmentos nuestras lanzas
hacinadas, sangrientas y humeando,
y hasta los mismos muertos al rabioso
frenesí de los vivos entregados.
¿Los ecos no escuchais del grito agudo
en que ya rompe el funeral osario?
Es el grito de mártires gloriosos
que por la patria con valor lidiaron:
con la sangre preciosa que á torrentes
allí corrió, vuestro deber trazado
está; si quereis paz debeis dictarla.
Id á dictarla al Africa bizarros:
con hierro en mano acometed sus playas:
trepad sobre los muros de Cartago:
junto á sus fosos treinta mil valientes
perecieron; allí nuestros hermanos

la guerra piden y ejemplar venganza.....
Id á aplacar sus manes irritados;
sangre africana quieren, sangre tengan.....
corred, volad, y dádsela, romanos.

AMILCAR. Padres de Roma, sorprendido escucho.....
y es mengua ya sufrir baldon tamaño.
Nosotros, si la paz os proponemos,
no es, no, porque imponerla no sepamos.
¿La guerra preferís? ¡Ah! Vuestros hijos,
durísimas cadenas arrastrando
pueblan allá los negros calabozos.....
vierten cautivos doloroso llanto.
¡Quereis hacer sus lágrimas eternas
con su eterno penar..... y condenados
á olvidar las esposas y los hijos,
padres y patria, y Dioses..... y espirando
en oscuras prisiones, ¿no es conmueven
sus ayes? ¡No pensais en rescatarlos!

RÉGULO. Cuando nuestros abuelos venerables
la libertad romana proclamaron,
paz ni hierros no hubieran admitido
de un vencedor; murieran peleando
todos bajo las águilas de Roma.
Imitemos su arrojo, y consigamos
que un rigor justo vuelva á nuestras huestes
virtudes que otro tiempo las honraron.
Ni remota esperanza formar puedan
los que prefieran arrastrarse esclavos
á morir con honor en las batallas.
Quien no sabe espirar como romano
hace traicion al pundonor de Roma.
La patria manda al enemigo campo
sus hijos á morir, que no á rendirse.....
Victoriosos, les ciñe eternos lauros:
muertos, riega con lágrimas sus tumbas;
cautivos, los execra.—Sí, execradnos.....
y por mí comenzad, lleno de infamia,
con indeleble oprobio señalado,
porque morir no supe en aquel dia
de horror y maldicion. Los que lograron
no ser aun vencidos, invencibles
serán: los estoy viendo, estoy mirando

multiplicarse en su valor su fuerza.
Si mil y mil valientes ha robado
á la patria un reves, no importa, fértil
es nuestro suelo en campeones bravos.
Sí.... que la sangre de los pueblos libres
engendra un héroe en cada ciudadano.

AMILCAR. No mas ya. Pronunciad: ó paz ó guerra.

(*Manlio se levanta: los Senadores se le acercan, y le rodean por un momento para deliberar; hecho lo cual, vuelven á sentarse, y continuando Manlio en pié, pronuncia la deliberacion.*)

MANLIO. Guerra y guerra sin término á Cartago.
La República libre, augusta y grande
por la boca de Régulo ha fallado
la decision.

RÉGULO. ¡Triunfé!

AMILCAR. ¡Fieras virtudes!
Confundido lo escucho.

RÉGULO. Ea, partamos.

ESCENA XI.

REGULO. MANLIO. AMILCAR. *Senadores. Lictores. Soldados cartagineses.* LICINIO, *que entra por el foro, seguido de pueblo numeroso.*

(*Momentos ántes se siente ya el rumor, que arrecia progresivamente, hasta tomar la apariencia de un tumulto. Régulo va á atravesar de izquierda á derecha para reunirse con Amílcar, cuando Licinio, ya en el proscenio, le sale al paso, se interpone y deja á Amílcar á su espalda. El Cónsul y los Senadores están entre Régulo y Licinio.*)

LICINIO. Espera.

MANLIO. ¡Cómo!

RÉGULO. ¡Dioses, qué estoy viendo!

LICINIO. Cercad el templo, amigos! ¡Es en vano....!
Que no salga de Roma.

PUEBLO. ¡No!

RÉGULO. Tribuno,

rebelde á los decretos del Senado,
sal tú del templo, y tiembla si este dia
á perjurar á Régulo forzando,
haces cómplice al pueblo seducido
de un sacrilegio atroz.

LICINIO. No, yo reclamo
de la ley el derecho, Senadores.

PUEBLO. ¡La ley, la ley! ¡La ley!

LICINIO. No dés un paso.

(*Por Amílcar que ha hecho un movimiento para pasar al lado de Régulo.*)

MANLIO. ¡Lictores!

LICINIO. Sí..... la vida que te resta
la debes á la patria. El que en su mano
puede esgrimir el fulminante acero
no ha vivido bastante.

RÉGULO. De los años
el peso inevitable y las desgracias,
me tienen, hijos, ya debilitado,
y mi acero á la patria no aprovecha.

LICINIO. No importa, no. En defecto de tu brazo
nos debes tus virtudes. Si juraste,
entre cadenas, Régulo, has jurado.

RÉGULO. Yo juré por los Dioses: mi palabra
les dí, Licinio, y ellos la aceptaron.

MANLIO. Para invocar la ley, audaz Tribuno,
no es forzoso apelar á un desacato.
Lictores, del santuario que profana,
la multitud lanzad.

(*Los Lictores hacen un movimiento como para obedecer la órden del Cónsul. La parte de pueblo que viene con Licinio se habrá adelantado al proscenio, y se agrupa á la espalda de este, en actitud de resistencia.*)

LICINIO. Cónsul, miraos
aun en solo intentar la violencia.

MANLIO. ¡Lictores!

LICINIO. El recinto está sitiado.....

PUEBLO. ¡La ley!

LICINIO. El pueblo es soberano en Roma.....
¡El pueblo es Rey!

MANLIO. En breve los soldados
vendrán á castigar su atrevimiento.

LICINIO. Del pueblo-Rey son hijos. Recordadlo.....
No al Cónsul ni al Senado, á Roma solo
defenderán. Cual tú son ciudadanos,
los Soldados latinos. Recibieron
de la patria las armas, y juraron
al vestirlas, morir solo por Roma;
no por el Cónsul, no por el Senado.

RÉGULO. ¡Ah! Cese, cese la contienda, amigos.
El valor y el deber rivalizando
se ven en los romanos corazones.

(*Con tono persuasivo.*)

Siempre que los poderes del estado
chocan, la causa pública padece.
No resistais: yo quise del letargo
en que Roma dormia, despertarla,
y conseguir que fueseis á vengarnos.
¡Recibid mi adios último! Triunfásteis,
héroes excelsos del antiguo Lacio....
odio por siempre al Africa y los suyos.....
¡allá me encontrareis!

LICINIO. (*Al pueblo.*) Contra el mandato
del Senado velad. Si nuestros votos
cumplidos no se ven..... Si con amaños
de nuestro seno á Régulo se arranca.....
tú de él responderás. (*Por Amílcar.*)

AMILCAR. Dónde me hallo
no sé. Todo me anuncia en este dia
la ruina, el exterminio de Cartago.

(*Amílcar queda inmóvil en la punta de la derecha. Régulo, que oportunamente se habrá colocado entre el Cónsul y Licinio, procura calmar la visible agitacion de cuantos toman parte en esta escena. Cae el telon, sin deshacerse el cuadro.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ATILIA. LICINIO *y Pueblo. Todos aparecen.*

LICINIO. ¡Fuera el temor! A nuestro grito unida
está ya la ciudad; de Marte al templo
segunda vez á Régulo conduce
entusiasmado, delirante el pueblo.
Antes que caiga el sol, los africanos,
no lo dudeis, se alejarán del puerto.
Deseos, voces mil se han confundido
en la sola expresion de un sentimiento;
y de Publio la voz en las legiones
decide ya tambien. El triunfo es nuestro.

ATILIA. ¡Ah! Tú y él arrancais á los verdugos
la víctima inocente.

LICINIO. Satisfechos
con la patria y contigo mis deberes,
ufano debo estar, cuando conservo
vengador tan intrépido á la Italia.

(*Licinio se vuelve á la multitud que le rodea.*)

Traidor se llame, y enemigo fiero
de Roma y de sus Númenes augustos
el que nos abandone. Los decretos
del pueblo Rey se acaten y se cumplan.
La causa de un valiente defendemos,
y salvando su vida, levantamos
á la romana gloria un monumento.

PUEBLO. Régulo vivirá. Torne á sus naves
el africano.

ATILIA. Fuera orígen cierto
de nuevas desventuras para Roma
de Régulo la muerte. Abrirse veo,
si mi padre perece, el precipicio
do libertad y leyes, todo á un tiempo
con el postrer suspiro se hundiria
del romano adalid.

PUEBLO. ¡Muera primero.....
perezca el emisario de Cartago!
Viva tu padre... Sí, todos dispuestos
á perder nuestras vidas por salvarle,
antes que desistir pereceremos.

LICINIO. Guardad este lugar: con las legiones
vendrá aquí Publio.

ATILIA. Marte, protejednos.

LICINIO. Si mi arrojo condena, Roma toda
me absolverá á la faz del universo.

ESCENA II.

ATILIA. LICINIO. REGULO, *seguido tambien de Pueblo, entran por el foro. Régulo, sin reparar de pronto en Licinio, se dirige á su hija y la abraza.*

RÉGULO. Hija mia, ¿tú aquí?—¡Cómo!—¡Y Licinio!
¿Te son desconocidos sus excesos?

LICINIO. (*Solemnemente.*)
Me apellido romano, soy Tribuno.....
Cumpliré mi deber.

ATILIA. ¿Y vos los ruegos,
y el voto universal, querido padre,
rechazareis? ¿Y corazon de hierro
vais á oponer á la comun desgracia?
¿No logrará la patria conmoveros
en su afliccion?

LICINIO. ¿Rebelde todavía
sois á su voluntad?

RÉGULO. (*Afectuosamente.*) Hijos, yo espero

morir por ella y por vosotros; digno
seré de ella al morir.

(*De pronto se vuelve Régulo á Licinio, y continúa con expresion enérgica:*)

Mas tú, ofendiendo
su augusto nombre, á la amistad perjuro...
tú rasgas sin piedad mi triste pecho.
¿Dar pudiste al olvido las jornadas
en que á mi lado mi valor experto
procuraba inspirarte allá en el campo
el amor de la gloria y el desprecio
del peligro y la muerte? ¿No recuerdas
que un buen soldado en tí reconociendo,
te admití á mi amistad, y de mi hija
la mano te otorgué, debido premio
á tus virtudes?

LICINIO y ATILIA. ¡Padre!

RÉGULO. ¡La esperanza
de vuestro corazon, y mis deseos
cumplidos aun serán, queridos hijos!...
¡Desde el umbral de mi sepulcro aun puedo
vuestra union bendecir, y al bendecirla,
si espiro honrado, moriré contento.
¿Amas tú? Jura al Dios de las victorias
servir hoy á la patria, y deponiendo
la resistencia criminal, no empañes
mi opinion y mi gloria. Yo te entrego
con la mano de Atilia otra esperanza.
Salva el honor de Roma, salva á un tiempo
de Régulo el honor, y en tí otro hijo
veré al rendir el postrimer aliento.

ATILIA. ¿Y consentir pudiéramos nosotros
en tan horrible y bárbaro himeneo?
¡No: si está decretado que este dia
partir os vea Roma, yo no quiero
sus muros habitar. A las regiones
do el sol no alcanza mi cariño tierno
os seguiria! Vuestras duras penas
compartiré con vos: los mismos hierros,
el propio calabozo, el aire mismo

que respireis, oh padre, mi elemento
serán desde hoy..... Del Africa las playas,
si vos partis, unidos pisaremos.
En su abrasado clima, mi ternura,
y mi cuidado y mi constante anhelo
velarán noche y dia por mi padre,
si no mitigan su dolor acerbo.
Al cruel vencedor, al tigre impío
que os amenaza bárbaro, sediento
de nuestra sangre, la filial plegaria
desarmará tal vez, si en su despecho
puede oirla. ¿Ni quién puñal agudo
contra vos alzará, sin que primero
aquí se cebe en repetidos golpes?
Inmolados allí los dos seremos
por los mismos verdugos: de la patria
el nombre santo en nuestros labios yertos
resonará..... y al bendecirle, oh padre,
dignos de Roma, juntos moriremos.

RÉGULO. (*Desprendiéndose de los brazos de su hija, lanza al cielo una mirada terrible.*)

¡Dioses, piedad para mi tierna hija!
¡Piedad! ¡Ella no os debe un juramento!

(*Régulo se vuelve hácia Atilia, y prosigue con el tono de la dulzura y de la persuasion.*)

Armate de valor. ¿Para un romano,
qué es la muerte? Cien veces mi denuedo
luchó con ella y la venció. Tranquilo
cual límite del mal la considero.
Pondré á mis dias término glorioso.
Sí, amada hija; el interés de un pueblo
que pronto dictará leyes al mundo,
morir me manda.

ATILIA. ¡Padre!

RÉGULO. (*Dirigiéndose á Licinio.*) Piensa luego
en auxiliar mi empresa; tu designio
abandona, y de Atilia serás dueño.

LICINIO. ¿Y tal me proponeis? ¡Oh! Ni un instante
en mi eleccion vacilaré. Aquí dentro
arde el amor de Roma, santo y puro,

cual de Atilia y de Régulo en el pecho.
Yo adoro, yo idolatro á vuestra hija;
mas la gloria de Roma hondo silencio
impone á la pasion en que me abraso.
Si amenazado el Capitolio excelso,
contra propia ó agena tiranía
perecer me mandáseis, combatiendo,
sellar me viérais con mi sangre toda
de Régulo y la patria los preceptos.
¡Tambien yo sé morir como soldado!
Mas al Tribuno hablais: solo del pueblo
recibe inspiraciones el Tribuno;
el pueblo es Rey..... él manda, yo obedezco.
Si lo exigís, renuncio desde ahora
al cariño de Atilia. Nunca siervo
seré de mis pasiones é intereses.
No, jamás á mis ojos tendrán precio
ante el bien de la patria; si por ella
hoy la mano de Atilia perder debo,
seré mas digno de su amor.

(*Licinio se retira con el pueblo por el foro.*)

ESCENA III.

ATILIA. REGULO. MANLIO, *precedido de los Lictores.*

MANLIO. Airada
desencadena su furor violento
la multitud, de la ciudad se lanza,
y del Tíber la márgen ha cubierto.
Jura que en los navíos africanos
no entrareis, y entregarlos quiere al fuego:
arde la rebelion: se desconoce
el poder del Senado: pretendemos
la paz restablecer y en vano es todo;
porque á calmar los ánimos inquietos
no alcanzan persuasiones ni amenazas.
Triunfa la sedicion; en tal extremo,

la razon se desoye y fuerza alguna
no reside en la ley.

ATILIA. Un juramento
que todos maldecimos, pronunciado
por vos cuando gemiais bajo el peso
de infame esclavitud, á la violencia
solo se debe, y los benignos cielos
rechazan y proscriben.

MANLIO. El recinto
sitiado está. Ceded á los afectos
de Roma que os defiende en su entusiasmo.
Las legiones tambien, al ver el riesgo
inminente de Roma, sus clamores
confunden ya con el clamor del pueblo.
Lanzas y escudos le darán su apoyo.

RÉGULO. ¿Y son tales, oh Manlio, los consejos
del primer magistrado, que de Roma
simboliza el poder? Salid os ruego.....
combatid el tumulto, dominadle,
ó pereced vuestro deber cumpliendo.
Si la ley autoriza á los Tribunos
á anular del Senado los decretos,
no hay ley alguna que autorice en Roma
horrible sedicion. Convocad luego
los comicios. Legal la resistencia
entonces podrá ser.

MANLIO. Mas no hay esfuerzo
bastante en el conflicto que tocamos.
Vuestro hijo.....

RÉGULO. ¿Cómo?

MANLIO. Publio.....

RÉGULO. Decid presto.

MANLIO. Seduce las legiones y á su frente.....

RÉGULO. ¡Ah! ¡No me digais mas! ¡No!

ATILIA. Los guerreros
cuya voz condenais, que criminales
parecen hoy ante los ojos vuestros,
sosten son de la patria, y la defienden
en su aparente rebelion. Mi acerbo
llanto uniré á su voz.

(*Atilia se retira precipitadamente por el foro.*)

ESCENA IV.

REGULO. MANLIO. *Lictores.*

RÉGULO. (*Con un movimiento análogo.*) Detente, Atilia.
No perdais un instante. Disponeos
á calmar la inquietud que agita á Roma.
MANLIO. Voy á intentarlo, mas seré ya envuelto
de la conjuracion en el torrente.

(*Manlio, precedido de los Lictores, se retira por el foro sobre el ángulo de la derecha. A traves del intercolumnio se ve cruzar en todas direcciones el pueblo. Publio, que viene de la parte de la izquierda, entra presuroso en el templo; pero al ver á su padre se detiene de pronto, y no llega al proscenio sino con las palabras que el diálogo indica.*)

ESCENA V.

REGULO. PUBLIO.

RÉGULO. Publio se acerca. Por favor postrero
sobre él desciende y del error le aparta,
pura y santa virtud de sus abuelos.
¿Qué te detiene?

(*Publio está inmóvil y no se atreve á mirar á su padre.*)

PUBLIO. ¡Dioses!
RÉGULO. Habla, Publio.
Alienta el paso.
PUBLIO. Ni á moverme acierto.
RÉGULO. El pasmo que entorpece tus acciones.....
tu timidez, oh Publio, son agenos
del criminal romano que acaudilla
facciosa multitud. Depon el miedo.
Acércate.

(*Publio se adelanta poco á poco. Régulo le coge por el brazo y le arrastra hácia sí. En todo este diálogo está Publio á la izquierda de su padre.*)

¿Conoces los deberes

que te impone la patria?

PUBLIO. Deteneos....

La patria.....

RÉGULO. (*Con una transicion terrible.*)

Pronto, Publio, ¿los conoces?

¡Responde! (*Suelta bruscamente el brazo de Publio.*)

PUBLIO. Y los acato y los respeto.....

Ni hacer traicion á la virtud sublime
pudiera que inspirásteis en mi pecho.
Servir sus intereses y su gloria,
existir para ella, y cuando el cielo
nos manda perecer en su defensa
arrojarse á la muerte, estos son, estos
los sagrados deberes de un romano.

RGULO. Tales los tuyos son. ¿Y desoyendo
la voz de tu pasion sabrás cumplirlos?

PUBLIO. ¿Lo dudará mi padre?

REGULO. Urge ya el tiempo.

Júrame, Publio, si cumplirlos sabes,
guardar á la virtud sus santos fueros,
y ser fiel á la patria y á mi gloria.

PUBLIO. Lo juro por mi padre.

RÉGULO. Sal del templo,
y que tu voz, oh Publio, en las legiones
se deje oir.
(*Tomando el tono de la persuasion.*)
Engañador consejo
en fatal sedicion las compromete.
Yo ignoro todavía..... y no pretendo
saber quién es el seductor infame,
que á su deber traidor..... Mas el proyecto
van á creer formado y dirigido
por nosotros. Baldon y vilipendio
la frente de tu padre cubririan.

PUBLIO. Reflexionad.....

RÉGULO. Tu rostro que estoy viendo
enrojecerse, oh Publio, por instantes,
de tus puros y nobles sentimientos
no me deja dudar. Querido hijo,
sea tu abnegacion heróico ejemplo
que á los demas decida; estimulados
por tí, desistan de su loco empeño.....

franco paso me dejen hasta el Tíber,
y mi partida amparen.

PUBLIO. ¡Santos cielos!

RÉGULO. Régulo como amigo te lo ruega;
como padre, yo, Publio, te lo ordeno.

PUBLIO. ¡Deidades altas! ¿Por ventura á Publio
es dado ejecutar ese precepto
execrable y atroz? ¿Servir á Roma,
vuestras órdenes, padre, obedeciendo
no es hacerla traicion y asesinarla?

RÉGULO. ¡Ay! Tú á salvarla vas. Mira..... no léjos
de este sagrado pórtico se eleva
un antiguo sepulcro..... allí los restos
descansan de un varon esclarecido.

(*Señalando al foro.*)

Aquella honrosa tumba, de trofeos
y lauros militares coronada,
que en Roma infunde general respeto,
las preciosas cenizas nos conserva
de un héroe. Mira su irritado genio.....
Mira su sombra en derredor vagando
lanzarse sobre tí desde los senos
de la inmortalidad. Con voz robusta
penetra en tu interior. ¡Oye su acento!
Sacrificó á la patria su existencia
y su amor paternal. Cónsul severo,
dió su vida dos veces por la patria,
y murió en sus dos hijos, que rindieron
á la segur cruel de los Lictores
en tajo vil los juveniles cuellos.
¡Imitémosle, Publio!

(*Régulo que ha tomado por el brazo á su hijo, se vuelve de pronto hácia la derecha, y le señala la estátua de Bruto, que es la que está delante del primer bastidor.*)

Este héroe es Bruto...
¡Tú tiemblas... tú me entiendes!

PUBLIO. ¡Ay!... ¡Yo muero!
¿Y vos me hablais de Bruto y de sus hijos?
La mal segura planta se atrevieron
á poner, inocentes ó culpables,

de alevosa traicion en los senderos.
Vos al contrario, de virtud heróica,
de eterna lealtad fuísteis modelo.
Truenen los Dioses sobre mí... Perezca
quien tal escucha. Al formidable aspecto
de las rasgadas nubes arrojando
raudal sin fin de centellante fuego,
no me verán temblar..... pero la idea
de ser, oh padre, el asesino fiero
de quien me dió la vida, me anonada.
Superior á mis fuerzas y á mi aliento
la bárbara virtud de un hombre impío,
me indigna hasta el furor: no la comprendo.....
no quiero comprenderla. Ciudadano
de la gloriosa Roma, no por serlo
de la naturaleza desconozco
la primitiva ley, sus fundamentos,
sus vínculos que engendran y sostienen
virtudes y poder en los imperios.
Alma feroz que vagará perdida,
proscrita en las orillas del Leteo.....
Alma indigna de un padre, yo no admiro
ni admiraré jamás, ni reverencio
su crueldad sublime y espantosa.
Si en ella virtud hubo, yo detesto
la virtud cuando al crímen se parece.

RÉGULO. ¡Sacrílego! ¿Con tal atrevimiento
insultas hoy el nombre y la memoria
de quien nos hizo libres, posponiendo
su amor y la salud de su familia
á la salud de Roma? ¿Al que su cetro
arrancara á los pérfidos Tarquinos.....
Al fundador, al defensor primero
de la romana libertad, al héroe
á cuya gloria el orbe viene estrecho?
¡Ay! ¡Fatal ilusion! ¡No eres mi hijo:
no te conozco..... Desparece luego
de mi presencia; en tí, cual otro Bruto,
en tí mi infamia y mi deshonra veo!
Sí, la sangre que corre por tus venas
yo mismo á las Deidades del Averno
gustoso ofreceria. El que no arda

de patrio amor en el divino incendio
solo debe decirse mi enemigo.

PUBLIO. ¡Infeliz!

(*Va á marcharse, y su padre le detiene. Tono blando.*)

RÉGULO. ¿Dónde vas? Si al llamamiento
de la patria marchásemos unidos,
y de la lid entre el fragor y estruendo
que peligraba mi existencia vieses,
al golpe formidable, tal vez cierto,
de una lanza enemiga..... Tú, hijo mio,
aconsejar pudieras que volviendo
al peligro la espalda, con infamia
tu padre huyese? Dí.....

(*Régulo abraza á su hijo: luego le pone la mano sobre el corazon, y continúa.*)

Pero ya advierto
que te has turbado: tu interior palpita
con mas velocidad, y tu silencio
mas elocuente que tu voz ha sido.

PUBLIO. ¡Padre!

(*Régulo extremadamente afectuoso, y como quien finge.*)

RÉGULO. Y no pienses, no, que al duro hierro
del sacrificador será en Cartago
inmolado tu padre. No, al momento
que parta yo de Roma, nuestras naves
recibirán en su robusto seno
miles de combatientes, y las anclas
levarán, y el velámen á los vientos
tendido, surcarán mar bonancible,
y en rumbo hácia Cartago á vela y remo,
de Neptuno y de Marte protegidas,
ganarán los confines contrapuestos
ántes que en los navíos africanos
los aborde tu padre prisionero.
¿Concibes la sorpresa y el espanto,
el terror y el asombro que al aspecto
de la romana flota el enemigo
va á sentir, Publio? Acometida luego
la ciudad por do quier, amenazada

de muerte sin piedad, la paz pidiendo
que hoy dicta á Roma, sometida en breve
será á nuestro poder. Y vengaremos
el mancillado honor, y las mazmorras
en que gimen las víctimas, al fuego
de incendiarias antorchas, serán, Publio,
de las voraces llamas alimento.
Cartago en su agonía, fulminada
por los romanos Númenes, ardiendo
como cráter volcánico, lanzando
en vez de lava por sus rotos techos
sus delitos, sus crímenes atroces,
fijar la planta nos verá en su suelo
cuando ya solo escombros y cenizas
vea en su destruccion el universo.

PUBLIO. ¡Virtud encantadora! Te refugias
de la ilusion en los dorados sueños.
Te admiro mas y mas, pero destrozas
cruelmente mi alma.

RÉGULO. ¿Aun no has resuelto?
¿Vacilarás aun? Pues bien, yo parto.
Adios.

PUBLIO. Padre adorado..... ¡Ay! Yo no puedo
contradeciros, no. Venga la muerte.
Publio quiere morir á los piés vuestros.
¡La muerte por piedad!

RÉGULO. Prenda del alma,
vive para la patria. Alza te ruego
los abatidos ojos y contempla
los ángulos y muros de este templo.
En torno giren, y héroes y mas héroes
hallarás por do quier, que tambien fueron
de males, de desgracias é infortunios
víctimas inocentes otro tiempo.
¿Qué importa que se apreste mi suplicio?
A unirme volaré con Bruto y Decio.
Dispongan de mi vida los verdugos.
¡El alma es de los Dioses!

(*Régulo abraza á Publio con toda la efusion del cariño paternal. Quiere hablar: el llanto se lo impide; y no pudiendo pronunciar una palabra, le hace señal de despedida.*)

PUBLIO. ¡Oh! ¡Funesto,
desconsolado adios!

RÉGULO. (*Llorando.*) Digna esperanza
de anciano padre..... gloria y ornamento
de su posteridad, ven y en mis brazos
te estrecharé otra vez. Fué pasajero,
débil y momentáneo tu extravío.
¿Tú lloras, hijo? Entrambos lloraremos.

(*Reponiéndose y con entereza prosigue.*)

Corre pronto á las filas..... Que renazca
la subordinacion; dá tú el ejemplo.
Falto de apoyo cesará el tumulto.
Diles que yo he nacido para ellos,
que no me priven de morir con gloria.

PUBLIO. (*Va á marchar, pero vuelve desde el centro del escenario, y arrojándose en los brazos de su padre, dice con el acento de la desesperacion.*

¡Otra vez y no mas!

(*Se va Publio por el foro, izquierda.*)

ESCENA VI.

REGULO *y despues* AMILCAR.

RÉGULO. ¡Cómo padezco
al verle padecer! Patria adorada,
insigne Roma cuyo nombre llevo
siempre en mi corazon y en mi memoria.....
Inclitos héroes que el profundo sueño
de la tumba dormís, ya por vosotros
no me es dado lidiar; mas el consuelo
de que sereis vengados tranquiliza
mi alma. Sí, mis votos se cumplieron.
¡Ah! Roma es siempre Roma.

(*Desde que Publio salió de la escena se ha hecho muy sensible el rumor popular, que crece y arrecia en este momento. Amílcar viene por la derecha presuroso y despavorido.*)

AMILCAR. Se embravece

el tumulto.

RÉGULO. ¿Qué dices?

AMILCAR. Al extremo
llega el desórden ya. Roma en sus iras
de la razon y de la ley el freno
sacude y rompe. Roma nos insulta,
persigue y amenaza..... y sorprendiendo
la buena fé de un hombre que seguro
debió creerse, desalmados, ciegos,
mil asesinos á mi vida atentan.
Miradlos, sí, mirad.....

RÉGULO. ¿Podré creerlo?

(La multitud invade el templo, en persecucion de Amílcar. Algunos traen espadas desnudas. Régulo se interpone, haciendo frente al pueblo.)

ESCENA VII.

REGULO. AMILCAR. *Pueblo.*

RÉGULO. ¡Tened! De vuestra vida yo respondo.
PUEBLO. Muera el traidor y á Régulo salvemos.
RÉGULO. ¿Estoy en Roma ó dónde? ¿Sois romanos?
¿Qué espíritu infernal puede traeros
á perpetrar un crímen tan infame?
¿Olvidareis tambien que le protejo
y amparo yo? Delante de Cartago,
en las playas del Africa ver quiero
vuestro valor y cólera. Dar muerte
al enemigo cuando está indefenso
es un asesinato, una perfidia,
y en presencia de Marte un sacrilegio.

ESCENA VIII.

REGULO. AMILCAR. LICINIO. *Pueblo.*

(Licinio entra presuroso por el centro del intercolumnio; se abre paso á traves de la multitud, y queda delante de es-

ta y á la derecha de Régulo. El Pueblo dominado por la voz de Licinio, se retira y se agrupa en la punta de la derecha.)

LICINIO. ¿Quereis que el mundo os llame imitadores
de Cartago? No: viva el mensajero.....
viva, pero del Tíber las orillas
él y los suyos abandonen luego,
y que partan sin tí. Tal de los Dioses
es hoy la voluntad; tal el deseo
de Roma.

RÉGULO. ¿Y mandarán lo que condena
el honor? No; jamás. Del mundo entero
escarnio fuera la nacion famosa
de lealtad y de valor modelo.
Respetaos vosotros, si del mundo
preciais la estimacion.

(*Régulo se apodera de la espada de un ciudadano romano.*)

Con este acero,
á proseguir en tan fatal delirio,
sabré librarme de baldon eterno.

ESCENA IX.

REGULO. AMILCAR. LICINIO. ATILIA. *Pueblo.*

(*Atilia entra por el foro, desolada y en la mayor consternacion, y va á arrojarse á los pies de su padre.*)

ATILIA. ¡Idolatrado padre!

RÉGULO. (*Rechazándola.*) ¡No te acerques!

ATILIA. Señor, por vuestros hijos.....

RÉGULO. (*Le vuelve la espalda.*) Yo no tengo
hijos ya..... ¡No! la patria es mi familia.
Retírate..... ¡Romanos, parto ó muero!

(*Régulo va á herirse con la espada que tiene en la mano. Grito general. Licinio sujeta el brazo de Régulo, pero no le desarma.*)

ATILIA. (*Arrodillada.*)
Mis lágrimas, oh padre, poderosas
á ablandaros serán y á enterneceros.

RÉGULO. Para hacer que yo falte á mis deberes,
quebrantando un solemne juramento,
nada es bastante.
ATILIA. ¡Dioses! ¡Ay! ¡Yo espiro!
RÉGULO. Ese abundante llanto que vertiendo
están tus ojos, dásele á la patria,
no á mí. Lamenta su afliccion y duelo.
De encontradas pasiones é intereses
hoy la combate el huracan deshecho.
Déspotas y tiranos la amenazan.....
compadécela, pues.
LICINIO. Publio, cubriendo
con numerosas fuerzas el recinto,
vuestra salida impedirá.

ESCENA X.

REGULO. AMILCAR. ATILIA. LICINIO. *Pueblo.*

(*Publio, que entra por el foro, trae en la mano la insignia de una de las legiones. Siguen á Publio algunos Soldados romanos, que forman el Cunco, colocándose sobre la izquierda y dando frente al pueblo. Detrás de los Soldados entran los Lictores y Manlio, que trae esta vez como cuando se le vió en el Senado, la púrpura y el laurel de oro. Los Lictores quedan entre los soldados y la estátua de Marte, dando tambien frente al pueblo, y delante de los Lictores se coloca el Cónsul. Resto de pueblo, con armas cortas, que toma posicion entre las columnas del foro.*)

RÉGULO. (*A su hijo.*) ¿Qué has hecho?
PUBLIO. Cumplir vuestro mandato.
RÉGULO. Dí.
PUBLIO. Renace
en las filas romanas el sosiego,
y terminó la sedicion. La senda
que del bosque sagrado guia al puerto
coronan los soldados, decididos
á dejaros partir.
AMILCAR. (*Sorprendido.*) ¡Qué escucho!
ATILIA. ¡Cielos!

RÉGULO. Por el mejor de mis amigos todos.....
por un héroe desde hoy, Publio, te cuento.

(*Dirigiéndose á Amílcar, y con una mirada de alto desprecio.*)

¡Al Africa, extrangero! Allá, hijos mios,
me seguireis en breve.

ATILIA. (*Volviéndose al pueblo.*) ¡Socorrednos!

RÉGULO. (*Inspirado.*)
No haya paces ni treguas con Cartago.
Sus destrozados y humeantes restos,
en escombros informes y en cenizas
van á ser mi glorioso mausoleo.
¡Quién cual yo venturoso!

ATILIA. ¡Padre mio!
¡Esperad! ¡Ay!

LICINIO. (*Conteniéndola.*) ¡Atilia!

RÉGULO. Léjos..... ¡léjos
de nosotros dolores impotentes!
A las armas, romanos, y antes muertos
que otra vez por el Africa vencidos.

(*El pueblo rompe en un grito de dolor: las matronas romanas lloran: Régulo se apodera de la insignia de Publio.*)

Sangre, sangre, no lágrimas queremos.
Por la postrera vez alza mi brazo
la santa enseña del romano pueblo.
Juradme por los Númenes augustos
protectores del Tíber, que, venciendo,
del Capitolio á la perpetua gloria
fieles sereis.

MANLIO. Así lo prometemos.

PUBLIO y SOLDADOS. } Te lo juramos.

LICINIO y PUEBLO. } Sí, te lo juramos.

(*Deshecho instantáneamente el Cuneo, todos los soldados se han agrupado en medio círculo al rededor de Régulo, y para pronunciar el juramento levantan é inclinan sus lanzas, hasta tocar con las puntas la corona de laurel de la insignia, cubriendo el águila romana: Publio desenvaina la*

espada, y lleva la punta en la misma direccion: el Cónsul extiende la mano derecha en el propio sentido, despues de haberse quitado el laurel de oro que arroja á los pies de Régulo: los Lictores levantan las fasces á espaldas de Manlio: Licinio, que tambien trae una espada en la mano, y todo el Pueblo, tienden los brazos y las armas siguiendo el indicado movimiento; Atilia, sostenida por algunas mugeres, no toma ya parte en la accion.)

RÉGULO. Nada, pues, me detiene. Compañeros,
al otro lado de los anchos mares
muy pronto reunidos nos veremos.
Patria, Cónsul, Soldados, Ciudadanos,
adios quedad. A señalaros vuelo
la senda que conduce á la victoria.
¡A Cartago!

GRITO GENERAL. ¡A Cartago volaremos!

(Régulo parte. Todos le siguen, menos Atilia y las que la sostienen. Cae el telon.)

FIN DE LA TRAGEDIA.